

A LA CARTA DE UN TORERO. / "La Noche", Madrid, 30 diciembre 1911/

A la carta de un torero



IS artículos laudomáquicos en este diario me han valido ya varias cartas, algunas muy nobles y sinceras, de Eugenio Noel y una de un torero.

Las de Eugenio Noel comentaré en otra ocasión, limitándome, por ahora, á felicitar á mi compañero de armas por su campaña en contra de esa plaga de nuestra Patria; que es la flamenqueria, más ó menos torera, y á enviárle mi aplauso por si éste puede contribuir á que él persevere en sus levantados propósitos. Y voy con la carta del torero.

Carta que está escrita muy cortés, muy discreta y muy razonadamente. Hasta un punto tal que yo habría supuesto no era de semejante torero, si no fuese porque sé que, desde hace algún tiempo, manejan éstos, ya por sí, ya por apoderamiento, tan bien la pluma como el estoque. Y lo prueba el éxito de los libros en cuya cubierta aparece un torero como autor. *El arte de torear*, del «Bombita», es uno de los libros que más se ha vendido en esta ciudad universitaria en que escribo; su éxito de librería ha sido aquí, con el *Quo Vadis?*, el mayor que se ha conocido, hasta el punto de haberse vendido cuádruple número de ejemplares que se vendían de las obras de Galdós, cuando éstas alcanzaban su máximo de venta. Han comprado ese libro gentes que nunca leen otra cosa, y sospecho que hasta analfabetos. Y se daba el caso significativo de haber quien iba á entregar las tres pesetas de su precio en perras.

Dicenme también, como dato digno de reflexión, que apenas hay casa de lenocinio en que no se encuentre libros y semanarios de torería.

Sabía que el arte del toreo es una de las bellas artes más ortodoxas, pero desconocía sus íntimas relaciones con el arte que en las dichas casas se cultiva. Añaden los que eso me dicen, que es entre la *afición* donde más se lee *La hoja de parra* y sus congéneres, y *Los Sucesos*. Todo ello arguye una misma menta-

O.C. tomo XI



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



lidad y una misma tolerancia.

Y viniendo á la carta del torero, cuyo nombre no he de revelar aquí, repilo que es ella muy cortés, muy discreta, muy razonada, y que está bien escrita. Y á él, al torero, le diré que tiene razón en casi todo lo que en su carta me dice.

No, señor mío, no; no es con ustedes, los toreros, con quienes me he metido, ni pienso nunca hacerlo. Es con el público que les corea y trata de envanecerles. Aún hay más, y es que en la fiesta de los toros, los dos seres más racionales me parece que son el toro y el torero. Al uno le llevan, mal de su grado, á ser muerto, y se defiende como sabe y puede, y el otro va á buscarse la vida á riesgo de perderla. Es el de éste un oficio, si no precisamente como otro cualquiera, un oficio al fin.

Que un hombre se dedique á torero, ó por amor á los aplausos del populacho, ó por hacerse una fortuna considerable en poco tiempo y con muy poco trabajo, aunque con grande riesgo—hay quien pasa trabajos por no trabajar—, se comprende. Y que este hombre se haga retratar en todas posturas, y hasta en las más recónditas intimidades de su vida, también se comprende, pues de la popularidad vive. Toreros, clowns, bailarinas, cómicos, políticos y artistas de toda clase, incluso escritores, vivimos de eso, y es natural que, con más ó menos discreción, nos dejemos, ó noz hagamos, retratar.

Pero eso de ver en un semanario una ilustración en que aparece un torero en medio de unos cuantos sujetos de su corte de amor, y al pie esta leyenda: «El «Cazoleta» rodeado de sus admiradores», es ya el colmo. Y la monstruosidad de la modestia dejarse retratar en categoría de admirador del «Cazoleta» ó del «Pavito», ¡Espíritu abnegado es menester para llegar hasta ese punto de humildad ó de humillación!

Hubo un cierto duque, de abolengo tradicionalista—naturalmente!—que era, sobre todo y ante todo, conocido por su admiración ferviente hacia un célebre torero—mucho más célebre que el duque, por supuesto—á quien acompañaba á todas partes, ¡eso es aristocracia, y lo de más gana de lucirla!





El torero, mi corresponsal, entra luego en ciertas consideraciones económicas un poco más complicadas de lo que él ó su apoderado acaso se figuren. La economía política de este mi torero economista es la de aquellos que enseñan que conviene, de cuando en cuando, una pedrea que acabe con una gran cantidad de vidrieras para que los cristaleros tengan trabajo, ó que son utilísimas las enfermedades para que puedan vivir los médicos.

Se mete también mi hombre á hablar del fomento de la ganadería vacuna, y aquí permítame que le diga que no me convence ni mucho menos. Es más, soy de los que creen que las corridas de toros es uno de los mayores obstáculos, tal vez el mayor, al fomento de la cría de ganado vacuno para proveernos de leche y de carne. Donde se cría un toro de lidia, y con el mismo gasto, podrían criarse algunos más de consumo, y no es tampoco, me parece, el tipo que se obtiene para la lidia el más á propósito para otros fines. ¿Que es más sano y fuerte? Puede ser, pero no es atendiendo á la sa-

lud y fortaleza del palo como se obtiene el *foie gras*, y los animales domésticos para nuestro consumo son, en cierto modo, animales deformados. No creo sea la mejor vaca lechera la que ha de criar toros de lidia.

Pero este económico es un aspecto técnico bastante complicado, para tratar el cual no estamos suficientemente preparados ni yo ni el torero, mi corresponsal. Al abordarlo como lo hacemos, respectivamente, él, mi torero, defende sus propios intereses pecuniarios, no los de la ganadería nacional, y yo defende la mentalidad y la cultura de mi pueblo.

Un mi amigo, ex ministro liberal, hombre de los más simpáticos, ingeniosos y sinceros que pueda haber, y gran aficionado á los toros, decíame una vez en defensa de éstos, que el domingo en que hay en Madrid corrida hay menos puñaladas, pues encerrado el pueblo en la plaza se abstiene de la taberna y vacía en el espectáculo sus intintos. Mas aparte de que hay no pocos que van á la plaza, con su botá, á emborracharse, eso querrá decir que es, precisamente, de la



gente que va á los toros de donde salen los apuñaladores. Y en Barcelona, donde los obreros, los domingos, no suelen ir á los toros sino á merendar al campo, apenas si se dan delitos de sangre en tales días.

En cambio, puesto que hay que decirlo todo, allí, en Barcelona, y en Cataluña en general, la afición al teatro es mucho mayor que en el resto de España; apenas hay villa sin su Sociedad dramática, de aficionados, y es Cataluña la región, acaso, que más actores, cómicos y trágicos, da. Lo cual explica su mayor heterodoxia respecto á lo demás de España. Porque, conviene repetirlo, nada hay, no ya más tradicional, sino más tradicionalista, que las corridas de toros. La tauromaquia es, de todas las bellas artes, la más ortodoxa, pues es la que mejor prepara al alma para la debida contemplación de las grandes verdades eternas de ultratumba. Es, al fin, un espectáculo de muerte.

Miguel de UNAMUNO



6 ([La Noche, Madrid,
30. XII, 1911



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S